

U
F
864.42
L



Anno - 19-3

Roberto de las Carreras

Suspiro á una Palmera

Suspiro á una Palmera



A la Esfinge que custodia los Desiertos...

EL AUTOR.





solado énfasis de la Armonía, modulación de los cansados céfiros del Arenal que con labios tibios, ignotos, lánguidos, te anhelan... empujan, arrobados, tu evanescencia melancólicamente desvanecedora, volcada... candidamente inflamándote, perdidamente hollándote... como una ilusión misteriosa tú te embriagas... finges... diáfananamente bebes en el borde ondante y esquivo del suspirado esmalte del Azur... ¡oh impávida!

¡Naciste de una lágrima de una Hurí enternecida por el áspero dolor de las arenas que legó con ella á los Páramos la imagen del temblador oasis de su corazón erguida, en sus ojos palpitante! Oración extraviada en el Desierto, de un muezzín invisible grito de ¡Allah!

Eres como una nostalgia de la Belleza, una avidez peregrina por la tierra entonada... ¡Oh maga! ¡el númen de la

mujer cunde férvidamente en el azar de tu donaire, en el columpio de tu monótona línea en leve fuga al estallido de tus pendones! ¡Oh audáz! ¡Oh incólume! ¡el númen de la mujer es el regalo de tu gracia adulatora de los horizontes sepulcrales en los desiertos que te contemplan de hinojos!

... A lo lejos se diría que eres una idea pintada en los cielos ¡oh nítida!

¡Tú fluyes!... ¡Tú inclensas, tú magnificas los aires!...

Tu enagenamiento es á manera de un halo inconvertible del Korán, de un versículo misterioso y tonante que tiene besos por sílabas...

Eres aura de los ojos...

Tu sombra dió á beber al Profeta la Idealidad redentora... ¡Bajo el dosel de tus silencios vaporosos cargados con los pensamientos fantásticos de Oriente nacieron los Paraísos que guiaran la Raza á la Epopeya! ¡Al vano fenecer de tus pendones la media luna amaneció; lamíó, ciega, en las almas; arrobó con resbalador efluvio los Alfanjes; anegó los nocturnos ojos; besó á la Hueste umbría, poseída, con la melancolía triunfal... tendió sobre las Vegas la letal caricia de la Raza! Por tí, regalo de los sueños de la Estíngie que custodia los desiertos, suspiraron, trémulos, enamorados los siglos... por tí fué Lindaraja en cuyo seno se arrepintió la Conquista, ¡Lindaraja! éxtasis de las Vegas que como huellas del Profeta estrecharon, afanosas, bocas de heridas, en tumultos... por tí señal del Verso, estandarte de la artística osadía, ¡en el vago mirador de Lindaraja la flor de los naranjos, derrochada, desmayó el perfume de la sangre mora!

Bajo el leve modular de tus pendones, como una idea de terciopelo de las árabes noches, como una fulguración hecha carne, del Desierto, ¡tendió los brazos la Huri al Albornóz distraído en un aleteo perdurable de calcinantes quimeras!

¡Saludadora de las claras orientales á cuyo pie susurra el verso de la linfa! ¡Aparición femenina de los desiertos! ¡Sonrisa de la Fuente! ¡Tersura de las interminables, esfumadas nostalgias! ¡Amada del Yatagán, que con el Albornóz te hiciste señas!... ¡Tu airoso soñar huraño, rítmico, fué como el Albornóz trémulo, en el galopé eterno, confiado á las llanuras pensativas, al espíritu vidente de las errantes soledades!...

Ideal y confusa... En tí se embebe, arcano refugio, el Ensueño exilado de los fatigados arenales... ¡Eres el único amor del Desierto, nacida para las fluctuantes fecundaciones que te amparan como al alma de perdidos trovadores un extravió enterrecido de la Belleza!

Enseña tu corona escueta la unción de lo lejano... El Arenal respira: tu corona escueta se parece á un mar verde que escrutan con dedos nómades los céfiros venturosos... A la magestad silente de tu agíl euritmia no implora un soplo: eres como la inmensa genuflexión de las montañas en espera de la Eternidad... ¡eres un beso inmóvil en los labios de una huri cuyo corazón clava la Dicha! ¡eres de la huyente Poesía un triunfo extático!

Pensativa y huraña y extraña, ¡eres como un abrazo de la Esfinge con la Belleza!

¡Oh! ¡que mi alma sea como tú una entonación ufana-

mente aleve, un Verbo de fluidéz y de encanto, una altivez muda, un desafío ciego de la Línea!

¡Cuando el arenal jadea, en tus trémulos pendones fatigados por los magníficos estíos, parece como que alentara una queja del aire!

El ala inaudita y vaga del Simoún no consigue abatirte; envolviéndote en velos fantasmales no logra tu poderío; las arenas te saludan, al huir, ¡en el cendal agigantado y silbante, arrojadas en puñados coléricos de caóticas llamas á los horizontes que en las horas perdidamente armoniosas tú embriagas imprimiendo en el desmayo azul, furtiva y ténue, un pensamiento de Gloria!

Desde los arcanos soñantes de las pérfidas distancias te invocan, te suplican, convertidos en oraciones, los ojos de trémula sed de los peregrinos; cuando á tí los peregrinos llegan tu arrogancia melancólica ablanda sus ojos en arrullos... Tus raíces misteriosas entretejes al corazón fluctuador de los peregrinos cuya sangre es de tu savia hermana... ¡Tú tienes para su alentar ondulante toda el alma de la mujer velando el Paraíso de las línfas!

¡Tú eres el último beso del pensamiento de los perdidos, de los naufragos del Arenal, de los que zarpeó la VoráGINE tan lejos de tu verdor apacible! ¡Eres en sus almas locas el grito desbandado de la esbeltez de la Vida!

¡A tu pie yace el Korán de ojos dormidos, de silentes labios, ofrenda secular de la Ilusión de la Raza en cuya esperanza épica meciste tu magestuoso penacho, á cuyo Albornóz, florecido

como tú en el alborozo de los céffros, dieste sombra arrobada cuando ungidos con la modulación de los Paraísos, con la beldad del Ambar, se arrodillaban á tu pié consagrado, los dromedarios religiosos de la dispersa imágen de la Gloria en el Templo de alado confín... ¡ellos que en la pauta de su andar tienen algo de tu adorno, que son como tu quietud en movimiento... blandos como el soñar de las arenas... acompasados como tus pendones!... Diste magnífica sombra al Yatagán berberisco ensangrentado, aurorado de cóleras radiosas que á tu pié bebiera el verso de la Linfa... el eterno recuerdo de fresca que rió ciclos y turbantes y dromedarios pensativos... ¡el fiel recuerdo de fresca, testigo de cristal de la Epopeya en el Desierto distraído!

Taciturna... hecha toda de idealidad, se parece tu línea monótona á un suspiro. Vives y amas como el Ambar se desvanece, Fulguras en el pensamiento, bella hija de un huracán padre: el Desierto. Lisonja de Allah, anunciación de la molición cristalina, ¡eres una irrealidad de la Gracia, una huida de la Belleza, un arcano gentil de la sonrisa de los Pensiles!

¡Ah! ¡que yo pudiera enarcar, tender, á tu pié, junto á toda la palpitation de Oriente que de ti fluye á los brazos, mi curvo Ensueño, incensándote con un devaneo como ninguno trémulo, con el grito de una confusión de ojos felices que removería ¡oh, sí! la Epopeya de abrazos de la Raza desvanecida en sus triunfales demencias, que haría recordar al Desierto! ¡Ah! ¡que yo pudiera sonreírte en una consagración de la Belleza, en una cita tembladora del amor agosto; que tu fueras realmente, entonces, el suspiro florido de la tierra ante la Dicha; la unción de la

Belleza; el testigo de la Divinidad; el testimonio del arcano asolador y contemplativo; que yo pudiera escuchar en mi beso latir el nombre de Lindaraja; que yo pudiera bajo tus pendones atraídos reclinar mi curvo Ensueño, con una pauta sagrada, sobre el cojín de la Leyenda!

Ideal olvido del dolor rencoroso de las arenas, ¡tu línea tendida en el anhelo de la gloria estética es como la mirada interminable de una Huri sobre un poeta elegido!

¡Eres como la misma Nada de los Desiertos que fuera creadora!

¡Junto á tí mi vida se derrama en genuflexión delirante como un exhausto dromedario que ensoñaron para marchar cantos dolidos; con una sed visionaria de tu dón, como un voto sin par de tu ligereza en la que fluctúan las idealidades esquivas, esas que atisban con el alma de los horizontes en que tú te contemplas!

Entrañablemente intiman y platican con tu afán hecho de estrella y de guirnalda, mis ansias azarosas, arrobadas, mi aleteo perdurable de nostalgias silentes...

¡Como tus pendones dan abrigo á la fragilidad del fluir del leve Ensueño, como claramente dices que eres de la soledad la maga planidera, el éxtasis de la contemplación en los silencios ténues, cargados de belleza!...

Cada una de tus dolientes hojas de extrañas morbideces

es el regazo de un rayo póstumo, férvido, de sol... Eres de la huella sin término, en la ruta huérfana, el Hallazgo; el verso de la mirada que, en la fatiga, incrustó la distancia. ¡Tú mitigas con un vuelco atroso de tu desnudez bravía el ardor peregrino, tú consuelas lejanamente la marcha inefable con un pensamiento tan claro de tí como la linfa que te adula! ... ¡Tú me esperabas, armoniosa Sultana, por la cual se despliega el Albornóz del Ensueño, se cambran los magos corceles, el verso oriental suspira y el Korán abre á los ojos de los anhelos clamantes el Palacio de silencio de la suprema Raza! ¡Tú me esperabas, halago trémulo, ¡vertiginosa! ¡hecha de un rasgo del confín! para que yo arrodille junto á tu enagenamiento arcano, junto á tu claridad de leyenda, el dromedario de mi vida cargado con la mirra y el ambar de mis quimeras, las que se exhalarán, contemplándote, en un cálido floro, como tú te exhalas al cielo ¡impávida! en adoración entrañable!

Tú me esperabas ¡Palmera! cojín de la Belleza en el clamor del monótono deslizarse con la pujanza de tu línea desafiadora y melancólica; me parece ver alumbrar sobre mi paso la lágrima de una Hurí que me distraen tus hojas...

¡Oh serena! ¡Oh nostálgica! ¡Oh eterna! ¡Arrullo gentil de los ojos, importunadora deliciosa de los cielos que te responden con un vaiven de azur, con los sueños velados del Profeta que te reconocen, ¡oh altiva! ¡oh consagrada! que prestas tu oído y tu grandeza al sidéreo callar del Desierto...

¡Junto á tí sonríe la sed de los labios y crece una intangible sed del pensamiento y de los ojos!

Aparición fortuita, decantada á manera de un beso furtivo en los Ajimeces hecho de un silencio entre dos batallas...

Tu corola esconde el paso fatigado de una estrella...

Y tus pendones exhaustos por el anhelo implacable de los amantes
soles son como de sultanas dobladas los brazos en la voluptuosidad
exánimes...

¡Yo te siento en mi alma gemir como una guzla exhalada
en una ambrosia de aterciopeladas quejas por los dedos de una Huri!

Me viste el alquicel ¡Palmera! el raudo Alfanje me ciñe
para la conquista de unos brazos, el mago corcel que cerca mío
tiende las guedejas á los vientos inspirados es de una curva des-
leída como el beso de las guzlas en la que se presiente la tersura
de la amada; está hecho con la voluptuosidad de las gacelas y
con el brío de los leones. ¡Muy lejos irá á beber á una cisterna
con el peso de la amada!

Palmera, el ensueño pasa... Palmera, ¡ay de las horas!
Palmera, ¡ay del oriental recuerdo!

Y el horizonte de vaiven preclaro que se desprende de tí
perdura... Yo te contemplo, miro la estrella, el broche vespertino
que ciñe mi alma á la Ilusión, suspensa en tu cansancio escueto,
y todo para mi corazón está inmóvil, todo se recoge infinitamente
en el pensamiento de la Gracia...

Idolatría de los Páramos exhaustos, guía del ameno des-
varío errante, extraviado acorde, secreto del enorme pliegue del
Arenal, beso de una guzla convertido en una monstruosa flor,
palpitación, quimera, conjuro de los Paraísos de los adorables
perfumes... ¡oh, tú! en que toda una Raza suspendió la Melancolía,
eres más ágil que el más raudo de los sueños; ¡oh pomposa como
el más triunfante querer!... ¡oh tú! que es imposible contemplar sin
el recuerdo de la Dicha, sin el ánsia de sentirse dueño de un Paraíso

que tú velaras... ¡oh árabe reducción, oh inmensa flor idólatra del Azur, de la Linfa, de la Curva; temblor de los desiertos, canto del horizonte que al peregrino acoge!

¡Los dromedarios, al divisarte ¡oh serena! sienten penetrar su oscura mente por la loca Poesía de los hombres!

¡Palmera! tú eres la que cobijaste el Ambar, ¡tú eres la de las dichas á manera de las candentes arenas! ¡Palmera! vive en mi alma ¡vive! Veo á la Raza desmayadora de ojos en que se cruzan Alfanjes; oigo el estallido de siglos intrépidos en los que corazones pomposos se olvidan en el holocausto de los besos; veo ennegrecerse aún de amor, de cólera, de gloria, las árabes pupilas; veo á las moriscas raptados por los castellanos audaces; veo los senos de las curvas molícies estrechados á las rugientes corazas; veo al último sueño de Reyes, al moro de ojos azules en la suprema rebelión porqué á la Media Luna no sea arrebatada Granada, la querida, ¡saludando con el alfanje en alto los destinos de la Belleza!

Fluye mi corazón como el verso de la linfa soñando la Gloria de los Almanzores... Mi corazón es férvido rocío que empapa la flor de los naranjos, frente al mirador de Lindaraja, ¡la guzla misteriosa, la exhalación del alma del Profeta! Toda la Leyenda perfuma... Palmera, mece tus pendones, animalos con tu gallardo anhelo; tiéndelos, derrochados, al peregrino de ojos ávidos que á nublar no alcanzaron las tempestades monótonas del lloro, á los ojos que te adoran ¡oh imagen! á los ojos que penetras para llegar hasta mi alma en estremecimientos voluptuosos de ámbar, para llegar hasta mis oídos en melancolías furtivas y entrañables de guzlas...

Sultana de los Desiertos ¡con mis lágrimas entrañables
haré fluir aún con más anhelo el verso de la Línfa! Palmera que
guardas el poético sepulcro de una Raza, ideal supervivencia de
sus restos legados al Recuerdo; Palmera, á tu pié los vientos
misteriosos del Desierto atraen las cenizas de las moras cautivas
que no reconoce la melancolía, que no sospecha el valven de los
ojos... Palmera un perfume extraño que no es el ámbar ni la
mirra á tu pié se exhala... Palmera ¡¡es el polvo de Lindaraja!!
Palmera, acoge blandamente al Peregrino que solo vive de un
azar de la Belleza, que la Belleza incrustó en el Dolor, que solo
vive de un instante de redención en que la sonrisa de la Idealidad
se extravia raudamente para él... Palmera, sé un instante mi
alma... ¡en ella sé un instante Lindaraja!

Munificencia muelle de los ojos velados de las cautivas
¡que mi suspiro levante vuestro polvo, que vuestro polvo incense
una hora de las melodías del Recuerdo y convierta en amor en
torno mio los átomos etéreos y dorados, que la luz de la tarde
esté nutrida de las voluptuosas miradas idas, que en mis oídos
latan los corazones gimientes de las llorosas nostálgicas, que el
terciopelo de sus almas me ampare trasmutado trémulamente en la
diáfana tarde, que rote mis labios el ala de la más ardiente de
las melancolías que á un Ajiméz asomara á interrogar lejanos
rumbos!

Palmera, refresca con tu sombra mi dolor ávido, ¡que mi
demente corazón sonría á la hondura de los negros ojos de las
guzlas vivientes en que bebe el Recuerdo delirante! ¡Que mi
torcedor se ablande frente á tu espasmo gentil, ¡oh evocadora!...

extraño amparo de los desiertos, visión de una olvidada gloria...
¡He aquí el dromedario que se arrodilla, he aquí el ámbar de que
están impregnados mis orientales suspiros, he aquí la púrpura de los
pendones de mi fantasía! Dime sin cesar, Palmera, de lo que
tanto amó; dime de los vértigos de la Raza que luce ante mis
ojos: ¡dos ilusiones que lloran!

Triunfal emblema de los magníficos estios, de los labios
calientes de las audacias africanas ¡cuántos suspiros vinieron a
remover tus hojas!

Palmera, las justas resplandecen, van los albornoces ten-
didos como alas de los destinos de la Belleza... Entonan sin cesar,
entonan en el alma mía, los calcinados, lánguidos pechos de las
tórtolas prisioneras, el voto furtivo...

¡Palmera! tengo una sed muriente de que a mí se acer-
quen los labios inextinguibles de los misterios de púrpura que
cuidas; rasga los velos de las idealidades remotas; que hasta mí
fluya todo el magno amor de ensueño de la poética Raza; que
yo pise el umbral de la Alhambra inconcebible y con ella me
decore; que me inunde una gloria de solaces, una osadía africana
de querer; ¡que el crepúsculo que llega esté tejido con la oscu-
ridad de rostros calcinados por el ardor del propio pecho! Siento
el corazón enjuto como un arenal implacable, siento el alma
hendidá por los puñales de las apostasias, por el grito alevé de
la Sombra; Palmera, ¡despliega el inmenso tesoro de tu gracia,
despliega el géntio que te confió el Desierto, se redentora, se
apacible, se divinamente una guzla, que siento huir la luz y la
vida en el desvanecimiento de la pena!

A tu pié siempre, siempre, la melancolía arrodilla; ¡tiéndela como un Alquicel perfumado, vencedor en las justas!

Hija del misterio calcinante, cuando la Rosa no pudo ser en la melodía de fiebre de la tierra, ¡surgiste tú, inefable vencedora, abrazo y beso de la imposible Belleza, en el fragor de llamas, en los páramos delirantes y confusos!

Eres una Rosa bárbara é inmensa, de tallo perdidamente agigantado, que has trocado débiles pétalos en escuetas melancolías, en rumbos del desamparo...

No floreces jamás y jamás te marchitas. Mágicamente lánguida, ornada por el abrazo de la Esfinge, ceñida por un ardor invulnerable, eres el símbolo de mi alma; en ella dices Palmera: Soy la vencedora, la impávida, la nítida que se espeja en el cielo eterno, que se embebe de la Linfa, en la que mora el espíritu errante de las impalpables soñaciones; soy la que recuerdo, audaz, la sonrisa del Edén en el más arrogante de los infortunios de la tierra, en el más perverso de los exilios de la flor; soy la Poesía frente al desvarío mortal de las llanuras sin alma, soy la que perduro frente á la Muerte, soy la desolación armoniosa, ¡soy la alegre locura de tus ojos exánimes!

Ante el Desierto inflamado por las cóleras del Sol ó postrado de fatigas, yo me hiergo cándidamente con un temblor alucinado de transparentes deleites, con una altivez de ensueño no vencido, con una magestad de que fué rasgada en mí la lira de las armonías que nada puede agostar. Tengo así el orgullo pomposo de una conquistadora eterna ante tus ojos en que fascino al duelo. Soy el símbolo de que en tu corazón condenado como las arenas, como en las arenas no morirá la Gracia. ¡Héme aquí, Peregrino, héme aquí, lacerado, desgarrado, sangrante; héme

aquí guía impasible de los Paraísos, desafiadora y melancólica, de un verdor infinito en que se exhalan, apacibles, las quejas del aire!

Yo te escucho, Sultana de los Desiertos, arrobada Palmera, en el alma mía arrogante, desolada y magnífica como un templo saqueado donde se quema toda la mirra en las llamas raptoras que traspasan el mármol, incensario de sí mismo, en el que corre el oro fundido de los sueños gloriosos de las supremas conquististas de la Vida... Sí, Sultana de los Desiertos, arrobada Palmera ¡quero mecer eternamente el Verso pese al Dolor! Quiero alentar una sonrisa inacabable, gentil y huraña como tú, sobre el Arenal inflamado de una vida. ¡Oh magestad que me oyes, que inciensas, que te extasías, que te vuelves más idólatra aún de las cosas silenciosas y erguidas frente á la pena que rasgo en lágrimas malditas! Palmera ¡tú sientes, tú vives ante mis ojos, tú me esperabas, divinidad de la Leyenda, tú esperabas el ¡ay! de mi corazón temblador, sacudiendo tus pendones, recordándote el tumulto de la Raza que postreramente animas!

¡Oh recuerdo de las vegas en que mi corazón se arrastra y anonada! Palmera, el calcinante Desierto de mis horas que remueve el Simoún fatal se ha desplegado sobre huellas de pensiles tan ébrios, tan ensoñados, tan llenos de almas de voluptuosidad como aquellos que amparó tu mirada en las granadinas frondas. Palmera, se agostaron los versos de las Linfas, fueron quemados los naranjos en flor y tronchados por fúnebres Alfanjes los rosales extasiados en los sutiles recreos de la Luna...

Palmera ¿que fué de los Abencerrajes, que fué de Gra-

nada gentil?... ¡Ah! ¡que deba morir sin piedad y sin cesar hollada la Belleza, que el corazón se confunda de continuo en la gloria de las magestades caídas, en los vuelos de todos los derrumbes que se doblan en una imprecación de angustias, en un alarido de blasfemias, en una monotonía de lloros!

Palmera que viste morir jardines y jardines, que alumbraste la agonía de los perfumes, la pavorosa derrota de los magos y cambrados corceles de líneas ondulantes al viento de la Belleza, ¿que númen creó tu consuelo de las fatigas que sobrevivieron, tu fluida adoración, impávida, de los horizontes sepulcrales? ¡Ah! ¡huye la sangre de los Abencerrajes, el suspiro postrer acuesta el moro débil!

Palmera, eres hija de una eternidad de tristeza, frescura del labio del Dolor. Eres un sueño de la Belleza. El horizonte se parece á tu tendida esbeltez. En ti la Gracia descansa y el Pensamiento perdura. Cuando tu fantasma se descorre al Peregrino ¡como femeninamente finjes; como se abandona de tí, adúladora de la ilusión de los ojos, el grácil querer de la Línea; como aguzas el corazón en un lloro de celestes ambrosias! Palmera, ¡como el númen de la mujer se distiende divinamente en tu realidad y en tu miraje, en tu caricia presente, falsa, desmentida y audaz é idólatra é invocada! Cuando tu fantasma se desvanece ¡como en la ilusión sangraa, y como eres llamada con más anhelo ¡ay! porque has mentido!

Yo no quisiera arrancarme del amparo soberano de tu extravío de belleza enternecida que un instante me acoje; que él pudiera radiar en el infinito del anhelo, de la súplica, del vano querer... Palmera, el Peregrino del que lejos de ti rodará la osamenta, ¡te suspira y saluda, contemplándote, todas las ansias que en tu mundo amaron, en el mundo de los Abencerrajes! Te mirará perderte marchando en el dromedario de las horas, venido de la muerte hácia el confín de la muerte...

Palmera, no puedo arrancar de mi corazón una lágrima bastante viva, bastante irizada de azul y caldeada para engrosar con ella la Linfa que te bebe. una lágrima tan honda que fuera todo mi dolor en llamaradas arrancado por las ansias incomparables del Ensueño y al Ensueño dado; te dejo apenas una lágrima efímera, hermana de muchas, que es amiga de la frescura de la Linfa y que el céfiro inconsciente apura en un extenuado albor...







quel